



# ¿El suicidio de Lönnrot? Una disputa entre la sociología y la crítica literaria<sup>1</sup>

*Lönnrot's Suicide? A Dispute Between Sociology and Literary Criticism*

**Hernán Maltz**

• [hernan.maltz@comunidad.ub.edu.ar](mailto:hernan.maltz@comunidad.ub.edu.ar)

• <https://orcid.org/0000-0003-2274-1873>

Universidad de Belgrano; Universidad de Buenos Aires; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Argentina

DOI: <https://doi.org/10.63376/spilquen.v28i4.6815>

Recibido  
17|06|2025

Aceptado  
03|11|2025

## RESUMEN

Analizamos una polémica entre la sociología y la crítica literaria a partir de un intercambio entre Emilio de Ípola y Jorge Panesi. El punto de partida es una discusión sobre la muerte de Lönnrot en el relato "La muerte y la brújula", de Jorge Luis Borges, pero pronto pasamos a una consideración más amplia, que incluye una disputa entre los saberes legítimos, los objetos y las "jurisdicciones" de la sociología y la crítica literaria. Así, si bien comenzamos con una inscripción en el área de estudios sobre el género policial, nos movemos rápidamente a una sociología del ámbito intelectual y a una breve recapitulación de una dinámica de disputa entre dichas disciplinas: las posibilidades del decir se basan en una trama de relaciones de poder, sí, pero también en una estructura del sentir, tensionada entre la seducción, la confrontación y la indiferencia, que persiste hasta la actualidad.

## PALABRAS CLAVE

Género policial; Sociología; Crítica literaria; Emilio de Ípola; Jorge Panesi.

## ABSTRACT

I analyze a controversy between sociology and literary criticism based on an exchange between Emilio de Ípola and Jorge Panesi. The starting point is a discussion about Lönnrot's death in the short story "Death and the Compass" by Jorge Luis Borges, but I quickly move to a broader consideration that includes a dispute over legitimate knowledge, objects, and the 'jurisdictions' of sociology and literary criticism. Thus, while I begin with an inscription in the area of crime fiction studies, I rapidly shift to a sociology of the intellectual realm and a brief recapitulation of a dynamic of dispute between these disciplines: the possibilities of saying are based on a network of power relations, yes, but also on a structure of feeling, tensioned among seduction, confrontation, and indifference, which persists to this day.

## KEY WORDS

Crime Fiction; Sociology; Literary Criticism; Emilio de Ípola; Jorge Panesi.

<sup>1</sup> El presente texto forma parte de un proceso de escritura repleto de interrupciones y discontinuidades a lo largo de más de seis años. Una primera versión que se hizo pública tuvo lugar en agosto de 2019, en las *II Jornadas de Estudios en Comunicación y Cultura*, en la Universidad Nacional de San Martín, con un título algo diferente: "La muerte y la brújula", o una disputa entre la sociología y los estudios literarios". Sobre la versión que finalmente se publica, quiero agradecer a Victoria Fondón, quien, en un intercambio de mensajes en octubre de 2025, me hizo notar que mi texto no mencionaba algo clave: durante los años al frente de la asignatura Teoría y Análisis Literario (en la Carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires), Jorge Panesi solía usar "La muerte y la brújula" como relato-llave para introducir a los estudiantes a diferentes autores, problemas y conceptos de la teoría literaria (por ejemplo, Andrea Vilariño me compartió una clase desgrabada de 2013 en que Panesi empleó "La muerte y la brújula" para abordar la intertextualidad). También quiero agradecer especialmente a Analía Gerbaudo, que no resistió la tentación de comunicarme -al pasar en un correo electrónico y al dejar algunas de sus marcas autorales en el mismo dictamen- que ella había sido una de las personas que había evaluado el texto cuando aún era una propuesta de artículo. Sin dudas, sus comentarios y críticas me permitieron mejorar el trabajo y me ayudaron a seguir pensando en el conjunto de cruces, rivalidades, tensiones e indiferencias entre sociologías y estudios literarios que tanto nos interesan a ambos. Por supuesto, todas las torpezas retóricas y perezas argumentativas que persisten son de mi entera responsabilidad.

## DOS TEXTOS

Si estudiamos la historia de la literatura policial argentina a partir de algunas intervenciones crítico-teóricas que acarrearán cierto grado de polémica, podemos conformar algunas parejas relevantes: Borges y Caillois en torno al origen francés o inglés de la narrativa policial (Borges 1999); Piglia y Sebrelli sobre los primeros lectores de la vertiente negra del género en nuestro país (Sebrelli 1997: 231-233); Gamarro y Lafforgue a propósito del devenir del policial negro luego de la última dictadura cívico-militar (Gamarro 2006; Lafforgue 2016).

Ahora bien, una pareja de polemistas parece haber sido soslayada; se trata de una dupla compuesta por sendos textos de Emilio de Ípola y Jorge Panesi: "El enigma del cuarto (de Borges hacia la filosofía política)" y "Política y ficción o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina" (a estos dos se suma otro texto de De Ípola, "Sobre *Críticas* de Jorge Panesi", que abordaremos en la sección final de nuestro argumento). ¿Por qué esta confrontación (inscripta, en lo sustantivo, en la intervención de Panesi) podría enmarcarse en la historia de las polémicas específicas sobre el género policial en la Argentina? En principio, por la sencilla razón de que el punto de partida es un relato canónico —en particular del policial, pero, por supuesto, también de la literatura argentina en general—: "La muerte y la brújula", de Jorge Luis Borges. Recapitulemos, entonces, algunos de los argumentos y valoraciones que hallamos en ambos textos.

La intervención de De Ípola, publicada en el libro de ensayos *Investigaciones políticas* (1989), comienza del siguiente modo: "Entre las abundantes muertes literarias a las que he debido asistir, hay una que siempre me preocupó especialmente. Me refiero a la del detective Erik Lönnrot [sic], ocurrida en una quinta situada en la comarca sureña de Triste-le-Roy y también, si se quiere, en el final del cuento de Borges *La muerte y la brújula*" (1989: 125). El investigador disiente respecto de las versiones más difundidas de la crítica en torno a la aparente trampa que le tiende Red Scharlach a Lönnrot. Según su hipótesis, se trata en verdad de un suicidio, hecho que empieza por justificar con una suerte de cita de autoridad, pues resulta que "dentro de ese mismo reducido número de disidentes se incluye también el propio Borges" (1989:



125-126). A continuación, procede a recapitular el motivo del suicidio en la obra de Borges. Según su clasificación, incluye tanto nombres reales (Francisco López Merino o Leopoldo Lugones) como ficticios (Ricardo en "Las previsiones de Santiácomo", Cárdenas en "El hijo de su amigo", Baulito Pérez en "La salvación por las obras"), e incluso algunos casos en que el motivo es más sugerido que explicitado (Juan Dahlmann en "El sur", Tadeo Limardo en "La víctima de Tadeo Limardo", Homero-Cartaphylus en "El inmortal"). Así, De Ípola sostiene que "los ejemplos precedentes bastan para mostrar que la hipótesis según la cual Lönnrot se suicidó no es inverosímil" (1989: 127) y, de manera más específica, clasifica la muerte del detective como uno más de los suicidios que denomina como sugeridos o "indirectos". A partir de una breve discusión con un texto de María Luisa Bastos (que le valdrá el reproche de Panesi, en tanto se trataría de una suerte de ajusticiamiento de un artículo escolar), pasa de Borges a Poe y de este a Lacan (pues retoma la lectura lacaniana de Poe). Sin embargo, Lacan parece insuficiente (no alcanza con pasar de una matriz de inteligibilidad diádica a otra triádica) y, finalmente, De Ípola apela a Castoriadis, cuyas explicaciones en torno a la presunta emergencia de un cuarto elemento (el denominado "radical imaginario") le permiten arribar a una conclusión que funciona como una suerte de superación de la fórmula lacaniana anclada en una estructura de comprensión tripartita. Por lo tanto, el título de la exposición de De Ípola ("El enigma del cuarto") se remitiría a cuatro factores: el clásico motivo del cuarto cerrado en los relatos policiales; el cuarto muerto de "La muerte y la brújula" (Lönnrot); las cuatro voces primordiales que componen el relato (Scharlach, Lönnrot, Treviranus y, según la hipótesis de De Ípola, el narrador, que no es inocente y nos oculta información); y la elaboración teórica brindada por Castoriadis, que se impondría por sobre el orden simbólico lacaniano y permitiría dar una carga semántica más precisa a su lectura del cuento de Borges<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> De Ípola también se remite a la existencia de una cuarta mirada, que sería un quinto elemento en nuestra enumeración (no podíamos permitir que esto arruinara el patrón en torno al número cuatro, aunque en verdad no deberíamos ser quisquillosos al respecto, ya que se trata de la propuesta del propio De Ípola): "[...] así como Lönnrot [sic] es un *alter ego* de Scharlach, el narrador de la historia es un *alter ego* de Lönnrot (y, dada la transitividad inherente a las relaciones de identidad, también de Scharlach). Se tienen así *cuatro* escenas, *cuatro* posiciones de sujeto (*tres* personajes —Treviranus, Lönnrot, Scharlach— y un narrador representado) y *tres* miradas desigualmente distribuidas entre aquéllos. ¿Hay entonces que excluir la existencia de una cuarta mirada? Opino que no: creo en efecto que cabe la posibilidad de pasar del tres al cuatro también en este plano. El soporte de esa cuarta mirada sería aquel que ocupa la posición de lector [...]. Por supuesto, no nos estamos refiriendo a los lectores 'reales', acerca de los cuales nada sabemos, sino al lector implícito construido en y por el relato mismo" (1989: 140; *itálicas en el original*).

La intervención de Panesi, leída originalmente en el Segundo Congreso Internacional "Literatura y crítica cultural" (organizado por el Departamento de Letras de la Universidad de Buenos Aires en noviembre de 1994)<sup>3</sup>, realiza un diagnóstico sobre los estudios y las investigaciones en disciplinas sociales y humanísticas. A diferencia de De Ípola, que desarrolla un ejercicio de aplicación de teoría social sobre un texto literario, Panesi efectúa una reflexión metateórica sobre la coyuntura que observa en distintos discursos y saberes académicos. Registra un movimiento que califica como "desconcertante" (2000: 70), pues contempla la consideración e incorporación del discurso literario —como objeto e incluso como método— por parte de otras disciplinas, como la historiografía, la antropología o la sociología. Luego de ejemplificar la tendencia de las dos primeras con nombres internacionales —Hayden White para la visibilización del estatuto ficcional del relato histórico y Clifford Geertz para la incorporación de categorías literarias en el ámbito de la antropología—, en el caso de la sociología se remite al campo intelectual argentino. Para comenzar, realiza un comentario de tono confrontativo sobre un libro de Horacio González, *La ética picaresca* (1992):

[...] esperados teóricos sociales conviven, alternan y disputan en igualdad de condiciones con *Hamlet*, el *Lazarillo de Tormes*, *Rayuela* de Cortázar. Ante este inesperado bazar sociológico-literario que desdeña tanto la sociología tradicional como la sociología de la literatura, se podría especular que uno de los actos fundacionales de la sociología argentina vino de la mano de las pretensiones positivistas de Sarmiento en el *Facundo*, y que en la otra mano había una ficción que actuaría inflexible y convincentemente en la sociedad argentina: "civilización y barbarie", un texto literario, una biografía popular, un mito, una ficción, un panfleto, una novela, un tratado. La sociología nace aquí de una mixtura literaria. (2000: 71-72)

Acá hallamos tres comentarios con afán polemizador —por no decir pendenciero—: primero, la noción del "bazar sociológico-literario", sintagma del que el sustantivo marca la pauta: la idea de que se trata de una mezcla de elementos sin un criterio

<sup>3</sup> Y publicada doblemente como artículo de revista y como capítulo de libro: primero, en el cuarto número, fechado en abril de 1995, del *Boletín* del Grupo de Estudios de Teoría Literaria (refundado en 1996 como Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario); un lustro después, en el libro *Críticas* (2000), que es la edición que empleamos para las citas en nuestro texto.

consistente (el bazar como lugar en que uno puede encontrar cualquier cosa, en un sentido mayormente peyorativo); segundo, el énfasis en el presunto desdén tanto de la sociología tradicional como de la sociología de la literatura; y, tercero, la conclusión de la última oración, en que se afirma la existencia de una jerarquía entre disciplinas —al menos en términos de que la literatura argentina daría nacimiento a la sociología argentina—<sup>4</sup>.

Sin embargo, el mayor foco de atención de Panesi es el texto de De Ípola, en el que se detiene con más minucia<sup>5</sup>. Vale la pena mostrar *in extenso* un segmento en que introduce la polémica contra la sociología local (que ya había sido instalada en la cita anterior, a través de la acusación a González por descuidar tanto la sociología tradicional como la sociología de la literatura):

[...] me refiero también a ese otro sociólogo argentino<sup>[6]</sup>, Emilio de Ipola [sic], que transita como crítico literario por un texto al que seguramente considera clave para interpretar las teorías sociológicas contemporáneas. Sugestivamente De Ipola nos dice que “La muerte y la brújula” de Jorge Luis Borges merece una interpretación política que el mismo De Ipola deja de lado o apenas esboza. Está muy claro, me parece, que las incursiones sobre la ficción literaria y sobre la ficción de la crítica son para estos sociólogos no sólo una manera de hacer dialogar diferentemente las ficciones teóricas que los preocupan en su profesión, sino de marcar los límites, las estrecheces y las imposibilidades de la teoría sociológica. Usan la ficción literaria y la crítica sobre literatura porque allí el esquema se muestra y a la vez queda entrampado en los procesos cambiantes y difuminadores de producción de sentido. La literatura cierra las estructuras para mostrarlas fosilizadas y abrirlas hacia sentidos que se chocan y recombinan permanentemente. En este caso se trataría de la fosilización teórica o el callejón sin salida de cierta sociología

<sup>4</sup> En un libro más reciente, *La seducción de los relatos: Crítica literaria y política en la Argentina* (2018), Panesi mantiene un interés por los cruces entre ámbitos discursivos, particularmente entre la literatura, la crítica literaria y la política: “Por eso, este libro se llama *La seducción de los relatos*: la seducción que, consciente o inconscientemente, los medios masivos, la cultura y la política en general tienen por el relato literario, pero también la seducción de la literatura y de la crítica por insertar sus narrativas en un contexto de difusión más amplio” (2018: 15). Dicho sea de paso, otro libro publicado en 2018, *Fantasma de la vanguardia*, de Damián Tabarovsky, contiene un breve capítulo, “Literatura y ciencias sociales”, que podría pensarse, en cierto modo, como una continuación del texto de Panesi que pesquisamos, en tanto propone una reflexión complementaria sobre las transacciones discursivas entre literatura y ciencias sociales y humanísticas —el énfasis de Tabarovsky, a modo de pregunta, está colocado en la teoría (de las ciencias sociales) como la gran narración de la segunda mitad del siglo XX—.

<sup>5</sup> No obstante, unas páginas después, Panesi retoma la diatriba contra el trabajo de González y concluye: “González convierte a la sociología en una rama de la crítica literaria. O se confunde con ella, haciendo crítica literaria de las teorías sociológicas” (2000: 75).

<sup>6</sup> No está de más aclarar que, como formación de base, De Ípola había estudiado filosofía, por lo que su etiquetación como sociólogo nos lleva a enfatizar algo que retomaremos luego: su posición institucional y enunciativa como investigador y docente de la Carrera de Sociología (de la Universidad de Buenos Aires).



vocacionalmente empírica que ha agotado sus posibilidades de explicar los procesos sociales. (2000: 72)

Por lo tanto, Panesi enfatiza su invectiva contra una sociología “agotada” que, ante tal situación, tantea respuestas en otras disciplinas. En el subsiguiente párrafo, el crítico literario termina de configurar su ataque contra el texto de De Ípola:

De Ípola en su artículo “El enigma del cuarto (de Borges hacia la filosofía política)” [...] analiza y malogra “La muerte y la brújula”, perdiéndose laberínticamente en disputas de crítico literario, y en consideraciones sobre si Lönnrot se suicida en aras del libre arbitrio en contra de las teorías simbólicas deterministas. Se pelea a modo de crítico literario con un artículo muy escolarmente referencial de María Luisa Bastos, propone un análisis lacaniano para después descartarlo o marcar sus límites, prefiere una lectura política que apenas sugiere y que nunca realiza. Extraño caso en un sociólogo que se priva de las interpretaciones políticas al analizar un relato literario. Pero es obvio que se trata de otra política que De Ípola quiere leer en Borges: la política implícita en las concepciones sociológicas. Y si Lacan es insuficiente para leer “La muerte y la brújula”, se debe a su innegable (así podríamos llamarlo) “determinismo simbólico” que, finalmente, una teoría política y social, la de Castoriadis, último fetiche teórico de De Ípola, acudiría a completar, mejorar o suturar. (2000: 72-73)

Panesi continúa su exposición con críticas hacia lo que juzga como una impropia sociología, hasta el cenit en que establece su hipótesis acerca de la disolución de la sociología en el discurso literario; es decir, allá donde las explicaciones de aquella no alcanzan, la mejor matriz de inteligibilidad de la sociedad sería la literatura. Incluso antes de esta conclusión, Panesi se permite brindar su propia definición en torno a “lo social”: “la sociedad entendida, precisamente, como una trama de lecturas posibles en perpetuo cambio” (2000: 74). Así, la sociología sería errática al adentrarse en caminos literarios, pero esto no ocurriría a la inversa, pues los estudios literarios sí tendrían una definición precisa acerca de lo que significa “lo social”.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Un detalle sobre elecciones semánticas: debido a las propias autoinscripciones disciplinarias de los dos profesores, en este texto decidimos dar prioridad a los términos “sociología” y “crítica literaria”, aunque esta última en ocasiones habilita una consideración más amplia



Finalmente, Panesi vuelve sobre el diagnóstico en torno al doble movimiento de “des-literaturización” de la crítica literaria y de “literaturización” de otras disciplinas humanísticas, aunque termina por reivindicar (vía Derrida) una supremacía del discurso literario, en tanto portador de una (presunta) capacidad enunciativa y discursiva de poder “decirlo todo” (2000: 76). Volveremos sobre esta idea en el cierre del tercer y último apartado, pero antes reparemos en una descripción y análisis más detallado sobre algunas de las condiciones (históricas, institucionales, intelectuales, epistemológicas) en que se sustenta la disputa.

## CONTEXTOS

¿Hasta qué punto la cuestión que da comienzo a estos debates —la hipótesis sobre el suicidio de Lönnrot— configura el centro mismo del debate? Claramente hasta un punto no muy lejano, en tanto vemos que, más que discutir una muerte literaria en particular, ambas intervenciones tienen por objeto brindar una reflexión teórica sobre el orden social y, de manera más específica, sobre el estado de situación de las ciencias sociales y las humanidades hacia fines del siglo XX. Pero, incluso antes que la discusión en torno al orden social, desde nuestra perspectiva parecen imponerse valoraciones que solo serían más comprensibles si repusiéramos no solo las posiciones institucionales de los dos individuos en cuestión, sino también cierto espíritu de

---

sobre los estudios literarios, ya que la etiqueta “teoría literaria” es también relevante en la discusión. Si bien los títulos de los libros de Panesi suelen reivindicar el vocablo “crítica” (2000; 2018), en uno más reciente (Panesi, 2023) se resalta la relevancia de la teoría, pero basta con leer unas páginas para volver a toparse con la centralidad de la crítica literaria.



época, una “estructura del sentir” (Williams 1997: 150-158) en que se entrelazan seducción, confrontación e indiferencia<sup>8,9</sup>.

Vayamos por partes.

En principio, no olvidemos el dato, para nada menor, de que De Ípola y Panesi ocuparon cargos importantes en cátedras centrales de dos carreras de la Universidad de Buenos Aires: en el caso del primero, se trata de la materia Sociología Sistemática, en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, de la que De Ípola fue profesor titular entre 1992 y 2010 (en los años previos, desde mediados de la década de 1980, había dictado la asignatura Introducción a la Sociología, así como algunas materias más específicas de teoría sociológica; asimismo, si bien conservó la titularidad hasta el año indicado, desde unos años antes había dejado de estar a cargo de las clases teóricas). Esta asignatura cierra el ciclo básico de materias de teoría sociológica en la formación de los estudiantes y, además, durante muchos años fue una de las claves para destrabar el sistema de correlatividades<sup>10</sup>. En el caso del segundo, la asignatura es Teoría y Análisis Literario, en la Carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras, de la que Panesi fue profesor titular durante un período aún más

<sup>8</sup> Si bien la pequeña rencilla que percibimos a través del texto de Panesi nos indicaría que entre las carreras de Sociología y Letras existía un espíritu de mutua atracción, disputa y confrontación, también es cierto que podríamos pensar en una no menos significativa indiferencia. A modo de ejercicio lúdico-exploratorio (y, por ende, sin lo que podríamos denominar “rigor metodológico”), en 2019 realizamos un modesto trabajo de campo entre algunos allegados, a través de una brevísima encuesta cuya aplicación se circunscribió a un puñado de personas graduadas de las licenciaturas de Sociología y Letras de la Universidad de Buenos Aires (entre cinco y diez de cada carrera). La encuesta constaba de dos consignas. Para los sociólogos: 1. ¿En qué año y cuatrimestre cursaste Sociología Sistemática? ¿En qué cátedra? 2. ¿Te dice algo el nombre “Jorge Panesi”? Para los de Letras: 1. ¿En qué año y cuatrimestre cursaste Teoría y Análisis Literario? ¿En qué cátedra? 2. ¿Te dice algo el nombre “Emilio de Ípola”? Por supuesto, cabe aclarar que ninguna de las cátedras era la única, pero, habitualmente, las de De Ípola y Panesi eran las más transitadas. En cuanto a las respuestas, como tendencia general, observamos que los sociólogos no suelen conocer a Panesi, mientras que los graduados de Letras no suelen conocer a De Ípola. Esto, insistimos, solo orienta parcialmente la hipótesis de la indiferencia. En todo caso, nos permite ser precavidos respecto a la estructura del sentir que enfrentaría a los representantes de ambas carreras de manera categórica. En cualquier caso, insistimos: estas reflexiones son muy precarias, pero es realmente difícil aproximarse a describir un fenómeno social tan evanescente y, en todo caso, preferimos dejar por escrito el modesto ejercicio que llevamos a cabo con dichas encuestas de dos preguntas. Más allá de los autorreparos sobre el dispositivo de medición, la breve encuesta indica que De Ípola y Panesi fueron sin dudas referentes para muchas cohortes de estudiantes de Sociología o de Letras (según quien responda), pero, por fuera de cada carrera, parecería que las figuras de ambos pierden relevancia y tienden a ser desconocidos.

<sup>9</sup> A propósito de la rivalidad y la indiferencia, traemos a cuenta la muy atendida postura de Analía Gerbaudo en su dictamen: “Disiento con que la bibliografía existente no vuelva sobre la rivalidad entre estas disciplinas: conozco más la de estudios literarios argentinos y, en el campo transnacional, la tradición francesa en la línea Bourdieu-Sapiro. Tal vez la afirmación debiera circunscribirse a los estudios sociológicos porque los literarios sí dedican espacio a denostar a quienes trabajamos en las zonas de borde, sutilmente o no tanto, según los casos y las circunstancias. Además, mirar las clases y los programas de cátedra de más de una universidad pública permite matizar: hay carreras de letras donde la sociología ocupa un lugar muy importante, y/o ha ocupado, desde los años 50 hasta el presente (incluso entre dictaduras y en dictadura)”. Sobre este comentario, agrego dos comentarios en primera persona del singular: por un lado, le doy la razón a Gerbaudo —y, a título individual, agrego que, cuando escribí las primeras versiones de este texto hace unos años, todavía no había leído, por ejemplo, el fundamental libro de Lepenies (1994) sobre las rivalidades y tensiones históricas entre elaboraciones sociológicas y literarias en Francia, Inglaterra y Alemania entre los siglos XIX y XX; tampoco hace siete años se había publicado el monumental trabajo de la propia Gerbaudo (2024) sobre la historia de los estudios literarios en la Argentina, que contiene detalles y precisiones sobre su sólido punto de vista—; por otro lado, sin embargo, decido dejar consignado el debatible argumento sobre la indiferencia, puesto que, en mi percepción y en mi trayectoria desde que era estudiante de grado de sociología (es decir, desde 2008), observé y sigo observando el tipo de estructura del sentir al que me refiero arriba. Sé que lo que sostengo puede parecerse más a una percepción que a un argumento: sí, pero igualmente me parece relevante intentar conservar dicha apreciación.

<sup>10</sup> Esta situación registró un cambio desde 2024, en que se aprobó un nuevo régimen de correlatividades que habilita a los estudiantes a cursar asignaturas optativas desde antes de aprobar Sociología Sistemática.



extenso, entre 1990 y 2017 (hasta 1989 se desempeñaba como Profesor Adjunto del titular, Enrique Pezzoni, que falleció en 1989 y, al año siguiente, Panesi asumió la titularidad; tras dejar el cargo en 2017, la cátedra quedó bajo la dirección de Silvia Delfino hasta 2022 y, desde 2023, de Fermín Rodríguez, en tanto que Panesi reingresó bajo la figura de Profesor Consulto). De manera análoga a la función de Sociología Sistemática en la carrera de Sociología (una materia que se halla usualmente al final del segundo año de las trayectorias estudiantiles), Teoría y Análisis Literario es una de las asignaturas troncales de Letras e, incluso, comparativamente puede ser más importante, ya que es una de las primeras materias que se cursa (y a la que posteriormente sigue un itinerario de asignaturas centradas en distintas literaturas nacionales y otros ejes)<sup>11,12</sup>.

Ambos son, entonces, figuras que ocuparon, por un tiempo prolongado, sendas cátedras en Sociología y Letras en la Universidad de Buenos Aires y, por ende, son referentes de varias cohortes de estudiantes de tales carreras. Se constituyen, por lo tanto, como enunciadores centrales, pues, más allá de sus saberes y aportes conceptuales, son portadores institucionales de las matrices discursivas de las disciplinas ligadas a cada una de las carreras: la sociología y los estudios literarios. Por cierto, luego de los primeros años de transición democrática, en un período de divisiones institucionales (recordemos que la Facultad de Ciencias Sociales se creó en 1988 y que, anteriormente, la carrera de Sociología había permanecido en las órbitas de Filosofía y de Derecho), cada una de las carreras logró adquirir un estatus relativamente dominante en su facultad respectiva, Ciencias Sociales y Filosofía y Letras<sup>13</sup>. Esto convirtió a dichos profesores en portavoces de la legitimidad de las disciplinas

<sup>11</sup> En 2024 también se implementó una serie de modificaciones en el plan de estudios de la Carrera de Letras: una de las más relevantes fue la inserción de una nueva asignatura introductoria, Fundamentos de los Estudios Literarios, que, por lo visto, acarrea una leve posposición de la cursada de Teoría y Análisis Literario para las nuevas cohortes de estudiantes.

<sup>12</sup> Para un panorama más amplio sobre el desarrollo institucional de las carreras de Sociología y Letras de la Universidad de Buenos Aires, podemos remitirnos, en el primer caso, al trabajo de Blois (2018), particularmente a sus capítulos quinto y sexto —que comprenden los años que van desde el retorno de la democracia hasta el fin de la presidencia de Néstor Kirchner—; en el segundo, a una serie de artículos publicados en la revista *Luthor* en torno a la historia de la enseñanza de teoría literaria en la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires —y cuya octava entrega (Bogado, Lacalle y Vilar 2019), correspondiente al período 2000-2019, contiene hipervínculos para, a su vez, acceder a las etapas previas (todas son de lectura sumamente recomendable, pero, en el marco de nuestro recorte temporal, sugerimos una posible lectura desde la quinta entrega, que se refiere al período 1986-1989)—. Además, resulta muy ilustrativa la consulta del libro de Gerbaudo sobre las clases de algunos críticos literarios durante los años inmediatos del retorno democrático (1984-1986), entre los que hallamos un apartado de capítulo que describe y analiza las clases de Panesi (Gerbaudo 2016: 257-285).

<sup>13</sup> A partir de la década de 1990, Ciencias de la Comunicación experimentó un crecimiento demográfico importante en la matrícula de estudiantes, de modo que en pocos años se instaló como carrera dominante en la Facultad de Ciencias Sociales, en detrimento del predomino previo de Sociología (Blois 2018: 247).

que representan e incluso en garantes de un determinado recorte de sus respectivos objetos de estudio.

Tras la recapitulación precedente, podemos reinscribir la intervención de Panesi con un mayor nivel de precisión contextual: no se trata solo de cuestionar el contenido conceptual y el recorrido argumentativo de ciertas afirmaciones de De Ípola, sino de impugnar su lugar de enunciación con respecto a un objeto de estudio que aparentemente le sería ajeno: la literatura y, dentro de ella, "La muerte y la brújula", un relato que Panesi se apropió y usó a lo largo de los años en sus clases de Teoría y Análisis Literario<sup>14</sup>. ¿En qué consiste la maniobra de Panesi? No tanto en enunciar lo presuntamente obvio (que la literatura no sería objeto de estudio de los sociólogos), sino en sugerir —e incluso expresar de manera bastante explícita— que los sociólogos se perderían en las formulaciones en torno a su propio objeto de estudio "por derecho": "lo social".<sup>15</sup> Panesi se encarga, a su vez, de brindar su propia definición sobre el orden social, a la que ya nos hemos referido: "la sociedad entendida, precisamente, como una trama de lecturas posibles en perpetuo cambio" (2000: 74). Así, estamos ante una astuta maniobra de intercambio de objetos entre disciplinas, una suerte de "pase mágico" que tendería a dejar en ridículo a De Ípola y a los sociólogos en general: ellos no solo no estarían en condiciones de entrometerse con una empiria que los excedería en sus indagaciones y los confundiría (la literatura), sino que incluso se perderían en sus propias formulaciones sobre el orden social; al contrario, los críticos literarios sí serían capaces de establecer una definición sobre

<sup>14</sup> En *Políticas de exhumación*, Gerbaudo trae a cuenta una reflexión de Panesi a propósito de la ligazón entre las tareas de escritura y enseñanza: "«Son dos actividades que en algún lado están unidas pero mejor no saber dónde, al menos para mí. Mejor no saber dónde. Por ejemplo, hay temas que he desarrollado en clase y sobre los que nunca he escrito. Luego reconozco mis ideas que andan circulando, pero nunca podría escribirlas porque es algo que preparé específicamente para la clase: tienen un ritmo de clase, un suspenso. Las clases tienen que tener cierto suspenso. Tiene que haber algo que está a punto de revelarse y que nunca se revela. La escritura es otra cosa (...). No puedo trabajar sobre cosas que luego traduciría a la escritura; no puedo hacer el pasaje (...). Por ejemplo, me quedó, y siempre estoy a punto de escribirlo pero nunca lo hago, un análisis de 'La muerte y la brújula'. Se puede escribir y sobre eso montar una clase pero al revés, no»" (2016: 265-266). A partir del último pasaje de la cita, cabe un interrogante: ¿por qué no pensar que Panesi habría sentido cierto tipo de resentimiento o amenaza ante la comprobación de que otros intelectuales sí se atrevieran a escribir un texto sobre el relato de Borges? Igualmente vale recordar que Panesi le dedicó algunas líneas escritas, aunque no como centro de su indagación: valga como ejemplo un análisis parcial en un argumento más general sobre el nacionalismo en la obra de Borges (Panesi, 1993). Más allá de este detalle, con posterioridad el propio Panesi relativizó aún más la relación entre enseñanza y escritura: "Tengo la pretensión desmedida de que el lector [...] inscriba *La seducción de los relatos* en esa cadena que se nutre de las actividades de la enseñanza, en las ceremonias no exentas de teatralidad que llamamos enseñanza universitaria, y de la concentración aislada de la escritura. No sé si es conveniente separar ambas actividades, no sé tampoco si conviene fundirlas" (2018: 17).

<sup>15</sup> Volvemos a apelar al dictamen de Analía Gerbaudo para que parte de los argumentos expuestos queden bajo la forma de una discusión abierta: "Revisaría la expresión respecto del 'enunciar lo obvio (que la literatura no sería objeto de estudio de los sociólogos)'. Hay algo en la expresión que la torna confusa: ¿por qué no podría serlo? Son las preguntas que se le hacen las que tal vez hagan caer a la literatura en un campo o en otro o en la intersección de los dos". Además de reconocer que Gerbaudo tiene un gran punto en su observación, de nuestra parte al menos deseamos destacar que la intención de nuestra formulación era resaltar una distribución de sentido común y una división institucional básica (y para esto optamos por reforzar el párrafo con el empleo de verbos conjugados en tiempo condicional).



“lo social”, además de reflexionar sobre su objeto de estudio “por derecho”: la literatura<sup>16</sup>. Por supuesto, si bien este tipo de intercambios no deja de incluir una cuota de involucramiento personal por parte de sus participantes, vale subrayar que la polémica pesquisada no es relevante como una mera rencilla entre egos eruditos, sino, por ponerlo en términos bourdieusianos, como un indicador de un estado de situación del campo intelectual académico de Buenos Aires durante un intervalo determinado de tiempo, lo que pone en evidencia un juego de relaciones de poder entre posiciones de enunciación de dos disciplinas, sus representantes y los alcances —y limitaciones— de sus discursos.

Reordenemos las cuestiones señaladas.

En primer lugar, contamos con el hecho concreto de un contexto histórico de división institucional (no es menor señalar que la polémica se produce entre dos representantes de dos carreras de dos facultades distintas), bastante reciente durante los años de la transición democrática luego de la última dictadura cívico-militar. Dicho proceso de separación de las disciplinas en cuestión coincidió no solo con la reapertura —ya en democracia— de las puertas de la universidad y con una nueva oleada de masificación demográfica en las facultades, sino con la propia creación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, efectuada, tal como mencionamos más atrás, en 1988. Entonces, valga la obviedad: sin la renovación del sistema universitario de la posdictadura, sin la revitalización de las carreras y sin la separación institucional entre ellas, quizá la ocurrencia del cruce entre los textos analizados hubiera sido más improbable<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Los sociólogos se perderían en sus formulaciones, entre otros motivos, incluso debido a sus nuevas lecturas sobre teoría social: Panesi le endilga a De Ípola cierto fetichismo teórico, cuyo último eslabón, la ya mencionada perspectiva teórica de Castoriadis, solo contribuiría a hacer más opacas sus formulaciones sobre “lo social”.

<sup>17</sup> Un autocontraargumento que podríamos ofrecer es la existencia de dos revistas que concentraron aportes ensayísticos de una amplia sociología de la cultura que excedió el ámbito estrictamente universitario: *Punto de Vista*, dirigida por Sarlo (y en la que escribió De Ípola), y *El Ojo mocho*, dirigida por Horacio González (y en la que escribieron tanto De Ípola como Panesi). Y un reparo al autocontraargumento: sí, pero de todas formas se trata de revistas gestadas por intelectuales universitarios... Más allá de las autodeliberaciones, no está de más recordar el carácter contingente de las derivas institucionales y las compartimentaciones disciplinarias: a fines de la década de 1980, además de los partidarios de crear una Facultad de Ciencias Sociales, “estaban quienes defendían la conformación de una gran facultad de humanidades y ciencias sociales que incluyera en una misma unidad académica a las ocho carreras de FFyL más las cinco carreras sin pertenencia institucional [Sociología, Trabajo Social, Relaciones de Trabajo, Ciencia Política y Ciencias de la Comunicación]” (Blois 2018: 245-246). De todas formas, incluso cuando se hubiese dado la conformación de una panfacultad de humanidades y ciencias sociales, la separación entre Sociología y Letras era taxativa, al menos —siguiendo a Blois (2018: 247)— en comparación con otras carreras de creación reciente por aquel entonces, como Ciencia Política y Ciencias de la Comunicación, que, dicho sea de paso, tenían ante un eventual predominio de Sociología en el marco de la nueva Facultad de Ciencias Sociales (Blois 2018: 247).



En segundo lugar, dicha división de facultades acarrea una demarcación de posiciones, saberes, áreas de especialización y "jurisdicciones". Se torna esperable, por lo tanto, que cada uno (cada profesor, pero no en términos personales, sino en tanto representantes de sendas disciplinas y facultades) reclame para sí la exclusividad de un determinado objeto de estudio que, por supuesto, no puede ser compartido, pues de lo contrario se disolvería la *expertise* de cada área de conocimiento<sup>18</sup>.

En tercer término, contamos con otro aspecto significativo que se deriva de lo anterior y, a su vez, se constituye como una sutil parte del contexto histórico-institucional-disciplinario: se trata, una vez más, de cierta "estructura del sentir", si nos servimos de la elaboración semántica de Williams, que aún hoy resulta esclarecedora para concebir ciertos fenómenos del orden social. Como ya comentamos, las relaciones entre la sociología y los estudios literarios persisten como una mixtura entre seducción, confrontación e indiferencia. Por supuesto, tampoco sostenemos que los textos deban leerse únicamente en esta dirección, pero sí creemos necesario marcarlos como productos que condensan un tipo de sensibilidad que persiste hasta la actualidad<sup>19</sup>. Las intervenciones de De Ípola y Panesi se convierten, así, en dos excusas para nombrar, al menos precariamente, un espíritu de época que excede y trasciende las posiciones y trayectorias de cada uno de ellos.

Pero, volviendo a los protagonistas, la discusión también se vuelve significativa desde una iterativa pregunta para los científicos sociales: no importa tanto *qué es algo* como *quién dice qué es algo*. Particularmente, en el caso que nos compete, la pregunta sería: *¿quién está autorizado a decir algo sobre algo?* De esta forma, el interrogante acerca de qué pasó con Lönnrot resulta desplazado por aquel que plantea la centralidad acerca de *quién* puede enunciar con legitimidad una hipótesis sobre las condiciones de su muerte. De nuestra parte, por último, retornamos a la pregunta

<sup>18</sup> Podríamos, por cierto, apelar a una pintoresca frase de la novela *El camino de Ida*, de Ricardo Piglia, en que el protagonista y narrador, Emilio Renzi, comenta sobre la profesora Ida Brown: "No cree en la propiedad privada, decían de ella, salvo en lo referido a su campo de estudio" (2013: 20; *italicas en el original*). Más allá de la simpática formulación de Piglia, podríamos pensar que hay dos grandes perspectivas al respecto: una "optimista", basada en aceptar que es posible construir sentidos múltiples de manera colectiva y horizontal; otra "pesimista", en que priman las relaciones de poder, las jerarquías y las construcciones de conocimiento como prácticas de distinción (de más está decir que este planteo esquemático merecería un desarrollo aparte y una robusta lista de referencias bibliográficas). Si bien estas dos perspectivas son tipos ideales y la realidad está compuesta de mixturas, deberíamos reconocer que la disputa entre Panesi y De Ípola se inscribe, en lo sustantivo, en el segundo tipo.

<sup>19</sup> No olvidemos, en efecto, que Williams se interesa especialmente por los elementos "vivientes" (1997: 150) del presente, que se resisten por su propia actualidad a una aprehensión por parte del cientista social.



respecto a quién puede ser ese *quién* que enuncia con legitimidad: lo que Bourdieu (2008) explica como los vínculos, las rencillas y las disputas simbólicas del espacio académico no basta como factor comprensivo. Como vimos, algo del clima de época, quizá semantizable a través de las elaboraciones de Williams (1997), podría darnos una respuesta, tampoco del todo satisfactoria, pero que, sin dudas, ayuda a comprender las tensiones en torno a la legitimidad de saberes y disciplinas en un momento histórico preciso, en el marco de la Universidad de Buenos Aires, en un arco temporal que se extiende desde mediados y fines de la década de 1980, que atraviesa la de 1990 e incluso se adentra en la de 2000, y que consiste en cierta confrontación entre las carreras de Sociología y Letras que mantiene vigencia en la actualidad.<sup>20</sup> La necesidad de captar algo de ese fenómeno aún “viviente”, junto a la pericia de —siguiendo a Williams (1997: 151-152)— evitar las “formas fijas” que no captan el flujo de “lo social”, es una tarea escurridiza de la que, con los rudimentos teóricos de los que disponemos, pretendimos dar cuenta<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> La vigencia de esta tensión podría encontrar una eventual limitación en la medida en que ambas carreras, desde hace varios años, presentan un declive y/o estancamiento en sus matrículas de estudiantes.

<sup>21</sup> Dos comentarios adicionales, uno histórico y uno teórico. El histórico: para un período anterior al que consideramos en este texto, resulta pertinente la mención del trabajo conjunto de Blanco y Jackson (2015), en cuyo tercer capítulo, “Los escenarios de la crítica”, abordan la figura de Adolfo Prieto y su aproximación a un proyecto afín a lo que a veces se denomina como historia social de la literatura, que contó con apoyaturas bibliográficas y con un explícito interés en los desarrollos intelectuales de la sociología —tal como se pone de manifiesto, por ejemplo, en *Sociología del público argentino* (1956)—. El teórico: si bien está claro que los rudimentos a los que nos referimos son los aportes de Bourdieu y Williams —que suponen una filiación bastante obvia con el programa de sociología de la literatura propuesto por Altamirano y Sarlo hace casi medio siglo (Maltz, 2024)—, creemos que una de las claves analíticas no exploradas en nuestro texto es el eje libidinal, basado en la certeza de que la disputa entre Panesi y De Ipola contiene, sin dudas, un nivel de goce por parte de ambos participantes (y ese goce coexiste con temores, dudas y otro tipo de pliegues emocionales de las subjetividades involucradas).



## OTRO TEXTO

¿Y la respuesta de De Ípola? Se hizo esperar, pero, en 2001, en el número 69 de *Punto de Vista*, el sociólogo firmó una reseña sobre la reciente aparición, por aquel entonces, de *Críticas*, de Panesi<sup>22</sup>. Se trata de un texto que consta de dos partes.

En la primera, De Ípola hace un comentario de orden general, de orientación sin dudas elogiosa, sobre los temas y el estilo del libro. Se detiene, con más detalle, en el ensayo de Panesi sobre Felisberto Hernández, a quien De Ípola recuerda haber leído durante su exilio en México.

En la segunda parte, ahora sí, De Ípola se detiene en “Política y ficción o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina”. Ante todo, se excusa por la demora en su respuesta; una demora que, fiel a sí misma, se demoró hasta que, al final, perdió cierto sentido, en la medida en que sus intereses habían cambiado. Más allá de los autorreparos, De Ípola dedica un párrafo a recapitular y aceptar como válidas las críticas de Panesi, a quien le reconoce su “agudeza crítica” (2001: 11). Acepta, incluso, que la muerte de Lönnrot no interesa en sí misma y que su insistencia en ella “desencamina” (2001: 11) su recorrido argumental.

Sin embargo, luego de elogiar y reconocer los comentarios de Panesi, De Ípola sí elige confrontar a partir de las críticas recibidas:

[...] una de ellas me atribuye el propósito de usar el campo literario para dirimir cuestiones de teoría sociológica ante las cuales esa misma teoría —siquiera sea por el gesto mismo que la lleva a cambiar de terreno— confesaría su impotencia. [...] Concedo que hay en mi texto, bien o mal planteada, una cuestión teórica. Pero debo agregar que esa cuestión es esencialmente irresoluble, y que, en mi opinión al menos, su irresolubilidad es tal que toda pretensión de hallar en algún lugar —sea ésta la crítica literaria— las claves para su solución resultaría ilusoria y estaría *a priori* condenada al fracaso. (2001: 11-12)

<sup>22</sup> *Críticas*, como ya hemos comentado, vuelve a hacer público el texto “Política y ficción o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina”, lo que podría habilitar la consideración de una dimensión performativa del ámbito editorial sobre las agendas y los debates entre intelectuales. Es llamativo, por cierto, el carácter dilatado del intercambio analizado, si recordamos que el primer texto de De Ípola se publicó en 1989 y que su reseña de respuesta a Panesi data de 2001 (*Críticas* se había publicado el año anterior, pero tampoco olvidemos que la primera publicación del texto de Panesi había ocurrido en 1995).



Unas líneas después, De Ípola dedica cuatro sagaces párrafos a desligar la sociología de la discusión con Panesi. Frente a la hipótesis del agotamiento de dicha disciplina, consigna: “la sociología y las teorías sociológicas no tienen lugar alguno en mi ensayo, y ello a pesar de los tenaces esfuerzos de Panesi por darles una buena plaza en la discusión. Las palabras ‘sociología’ y ‘teoría sociológica’ no figuran una sola vez —*et pour cause...*— en mi artículo; abundan, en cambio, en el de Panesi” (2001: 12). A su vez, advierte que, en caso de buscar algún tipo de categoría clasificatoria, la filosofía política sería una disciplina más afín para su texto —lo cual, vale recordar, se manifiesta en el mismo título del primer texto de De Ípola—. Escribe, exactamente: “No me interesa clasificar disciplinariamente a mi texto, aunque tampoco me indignaría si se lo caracterizara como un ejercicio de acercamiento a ciertos temas de filosofía política a partir de una lectura sesgada y parcial de un texto literario. Lo que me parece evidente es que la sociología y las teorías sociológicas brillan en él por su ausencia” (2001: 12).

Luego de remarcar la omisión de la sociología en su primer texto (con la salvedad de una nota al pie sobre *El suicidio* de Durkheim, a partir de la cual se mofa de sí mismo por el tono escolar que su enunciación adquiere en ese pasaje), De Ípola descarta la hipótesis en torno al agotamiento de la disciplina, a la vez que critica la forma imprecisa con que Panesi se refiere a ella; podemos traer a cuenta el fragmento correspondiente en toda su extensión, que, para nuestro deleite, contiene una buena dosis de humor mordaz:

[...] si de sociología quiere tratarse, y dejando de lado a la antes citada sociología “seria, decimonónica, crédula y bienpensante” a la que alude Panesi, repudiable de oficio a partir de su denominación misma, me consta que las teorías sociológicas modernas (más de una, al menos), al margen de mis opiniones sobre ellas, respiran hoy con absoluta normalidad y hasta diría, siguiendo a Panesi, “con entusiasmo”. Razón por la cual sería hartamente precipitado de mi parte augurarles una muerte inminente o simplemente imputarles una supervivencia vegetal y repetitiva [...]. Sin entrar en referencias didascálicas, sólo diré que no me asombraría que algún joven sociólogo me criticara por haber omitido incluir a la teoría sociológica de Niklas Luhmann entre aquellos discursos capaces de “decirlo todo





y siempre más". También debería sobrellevar, entre otras, las protestas de los etnometodólogos, de los discípulos de Luc Boltanski y de los jóvenes sociólogos franceses reunidos alrededor de la revista *Raisons pratiques*, para no citar sino a aquellos que me son familiares. A primera vista al menos, ninguna de esas búsquedas parece incubar un virus mortal. La tesis de Panesi, según la cual —haciendo de Lönnrot un teórico y de su muerte un suicidio— yo estaría sentenciando a muerte a la sociología, sólo es posible al precio de saltos que, sea dicho con respeto, sí cabría calificar de mortales. (2001: 12)

En su respuesta, De Ípola le concede *todo* a Panesi, con excepción de un aspecto: la negación de la presunta muerte de la sociología —y en tal negación podemos vislumbrar una nueva invectiva que señala la ignorancia de Panesi con respecto al estado de situación de dicha disciplina—. Volvemos, entonces, a la cuestión que está en el fondo y en la superficie de lo que venimos desarrollando: la demarcación de un objeto de estudio y de una *expertise*, la defensa de una "jurisdicción" disciplinaria exclusiva, etcétera.

Ahora bien, para saldar el intercambio, De Ípola retoma la senda conciliatoria. Vuelve sobre la idea de Panesi en torno a la capacidad de la Literatura (así, con mayúsculas) de erigirse como un discurso capaz de decirlo *todo*. De Ípola amplía la apuesta y sostiene que se trata de un atributo inherente a todo discurso de las disciplinas sociales y humanísticas: "no creo que esa aptitud sea privativa de la literatura. Por mi parte reclamo y creo legítimo intentar hacer valer —desde la filosofía, sin duda, y también desde lo que se ha convenido en llamar ciencias sociales y humanas— una vocación semejante. La misma vocación" (2001: 12).

Posiblemente ninguno de los dos, ni Panesi ni De Ípola, hubiera anticipado que esa potencia discursiva permitiría que, años después, otro académico fuera capaz de decir *algo* con *todo* lo que aparentemente pueden decir tanto la literatura como las ciencias sociales y humanas. Si se nos habilitara la introducción de una opinión, quisiéramos manifestar un disenso ante el optimismo de ambos: diríamos, desde una actitud epistemológica más precavida, que todos nuestros discursos pueden aspirar, a lo sumo, a decir *algo* sobre el mundo —y, de paso, siguiendo a Siskind (2017: 14-15), deberíamos reconocer que "mundo" es un vocablo pretencioso: nunca puede ser



un *datum* y solo nos queda concebirlo como una estructura contingente configurada, en cada ocasión, por la intervención crítica de quien enuncia—.

Por último: con seguridad sería una torpeza claudicar ante la tentación de cerrar el texto con un señalamiento relativo al factor común del duelo intelectual presente tanto en la ficción como en la disputa entre los profesores (Scharlach-Lönnrot y De Ípola-Panesi). Incluso más desacertado sería concluir con alguna cita de “La muerte y la brújula”; el relato ofrece varias opciones posibles, pero ninguna del todo interesante.

## REFERENCIAS

1. Blanco, Alejandro, y Luiz Carlos Jackson. *Sociología en el espejo. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
2. Blois, Juan Pedro. *Medio siglo de sociología en la Argentina: ciencia, profesión y política (1957-2007)*. Buenos Aires: Eudeba, 2018.
3. Bogado, Fernando, Juan Manuel Lacalle y Mariano Vilar. "Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte VIII (2000-2019)". *Luthor*, 41 (2019): 20-37.
4. Borges, Jorge Luis. "Roger Caillois: *Le roman policier*". *Borges en Sur 1931-1980*. Buenos Aires: Emecé, 1999. 248-253.
5. Bourdieu, Pierre. *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2008.
6. De Ípola, Emilio. "El enigma del cuarto (de Borges hacia la filosofía política)". *Investigaciones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1989. 125-147.
7. De Ípola, Emilio. "Sobre Críticas de Jorge Panesi". *Punto de Vista*, 69 (2001): 9-12.
8. Gamero, Carlos. "Para una reformulación del género policial argentino". *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos*. Buenos Aires: Norma, 2006. 79-91.
9. Gerbaudo, Analía. *Políticas de exhumación: las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984-1986)*. Santa Fe, Buenos Aires: Ediciones UNL, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016.
10. Gerbaudo, Analía. *Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina (1958-2015)*. Santa Fe: Ediciones UNL, 2024.
11. González, Horacio. *La ética picaresca*. Montevideo: Altamira, 1992.
12. Lafforgue, Jorge. "Repensar el policial hoy en la Argentina". Setton, Román, y Gerardo Pignatiello (comps.), *Crimen y pesquisa. El género policial en la Argentina (1870-2015): literatura, cine, televisión, historieta y testimonio*. Buenos Aires: Título, 2016. 45-56.
13. Lepenies, Wolf. *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1994.
14. Maltz, Hernán. "La fundación teórica de una sociología de la literatura en la Argentina: sobre tres trabajos de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (1977-1983)". *Revista Letral*, 32 (2024): 297-326.
15. Panesi, Jorge. "Borges nacionalista". *Paradoxa. Literatura/Filosofía*, 7 (1993): 16-30.
16. Panesi, Jorge. "Política y ficción o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina". *Críticas*. Buenos Aires: Norma, 2000. 65-76.
17. Panesi, Jorge. *La seducción de los relatos: Crítica literaria y política en la Argentina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2018.
18. Panesi, Jorge. *El entusiasmo teórico. Conversaciones con Marcelo Topuzian*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: EUFyL, 2023.
19. Piglia, Ricardo. *El camino de Ida*. Barcelona: Anagrama, 2013.
20. Prieto, Adolfo. *Sociología del público argentino*. Buenos Aires: Leviatán, 1956.



21. **Sebreli, Juan José**. "Dashiell Hammett o la ambigüedad". *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997. 223-233.
22. **Siskind, Mariano**. "Modernismo global y literatura mundial: Reflexiones sobre las dislocaciones cosmopolitas del significado francés". *Revista Chilena de Literatura*, 96 (2017): 13-28.
23. **Tabarovsky, Damián**. "Literatura y ciencias sociales". *Fantasma de la vanguardia*. Buenos Aires: Mardulce, 2018. 85-98.
24. **Williams, Raymond**. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1997.